



S. VICENTE FERRER.

## DIA QUINTO.

## SAN VICENTE FERRER, CONFESOR.

San Vicente Ferrer, tan célebre en toda la Iglesia, y uno de los mayores ornamentos del orden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357, de una familia muy antigua, pero no menos acreditada por su piedad y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Vino al mundo nuestro santo dotado de tan noble natural y de tan bellas inclinaciones, que fué su infancia un preludio de aquel admirable zelo y de aquella eminente santidad que hicieron despues su carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiese con su tiernecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion, y todos sus entretenimientos se reducian á hacer oracion y á leer libros devotos. Fué niño poco tiempo, y nunca se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante y de memoria feliz. A los doce años comenzó la filosofia, y dos años despues la sagrada teologia, en la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduria, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedia la devocion. Favorecióle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco susceptible de estas piadosas im-

presiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y casi desde la cuna se distinguió por su devocion y ternura con la santísima Virgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando oyó de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduria, el zelo y el mas ejemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un ternísimo gozo: «Ahora si, hijo mio, le dijo echándole los brazos al cuello; ahora si que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñé que entrando en la iglesia de los padres predicadores, se llegaba á mí un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo que con el tiempo seria una de las mas brillantes lumbreras de su orden, y cuyo zelo igualaria al de los apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.» Al oír estas palabras respondió Vicente: «Pues, padre y señor, no dilatemos el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mí: siendo tan clara la voluntad del Señor, seria muy delincuente cualquiera dilacion.» Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le condujo al convento de predicadores que habia en la ciudad. Presentóle al prior, quien le recibió como un don venido del cielo, cuyo valor conocia muy bien.

Aun no siendo mas que novicio, se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se propuso por modelo la vida de su santo fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia parecida al original. Despues de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á corresponder á la

perfeccion de su estado; y así por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fué sin disputa uno de los hombres mas sabios y mas santos de su siglo.

El estudio interrumpia poco ó nada su oracion. «Si quieres estudiar con fruto, dice el mismo santo en su tratado de la vida espiritual (1), procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espíritu Santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. Cansa, fatiga el estudio; pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza, nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves, pero fervorosas jaculatorias; no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion: porque la sabiduria es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio ni de nuestro trabajo.»

A los veinte y cuatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofía á los frailes del convento; y lo hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. A vista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su talento, juzgaron los superiores que para un genio tan grande era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y despues á Lérida, donde estaba entonces la universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazón de la silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad le obligaron á explicar en público la sagrada escritura, y á hacer un curso de teología; y como tenia un talento eminente para el púlpito, no

(1) C. p. 2.

permitieron que lo tuviese escondido. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No habia obstinacion que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios habia enviado al mundo un nuevo apóstol.

Componia los sermones á los piés de un crucifijo; y se conocia bien que su elocuencia no podia nacer de otra fuente ni principio. Pero por mucho que se multiplicasen sus ministerios exteriores, jamás interrumpia su continua oracion. De tal manera se dedicaba al trato con los prójimos, que nunca perdió el recogimiento interior. Crecia su humildad con su reputacion, y aumentaba la penitencia con los trabajos apostólicos. Las exenciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores, no hablaban con fray Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabia distinguirse sino por los ejercicios de mayor penitencia y de mayor humillacion.

Dicho se está que un zelo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente, habian de llenar de rabia al demonio, y que este no habia de dejar en reposo á nuestro santo. A ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para cansarle. Permitió Dios para probar su fidelidad, y para templar la vanagloria que le podia resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugestiones y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales, ponía en movimiento todos los demás artificios para dar en tierra con su pureza.

Incitó á una mujer jóven á fingirse enferma, la cual, habiendo hecho llamar á nuestro santo para que la confesase, empleó todos los medios que supo

inventar la pasion y la torpeza para seducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada mujer vengar el desaire de su ciega pasion, levantando al santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. A esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar y esconderse en la celdilla del santo una infame mujer pública: entró en ella Vicente, y hecha su acostumbrada oracion, se puso á estudiar serenamente, cuando se le presentó aquella mala mujer llena de desenvoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, la habló con tanta fuerza y eficacia, que al punto la convirtió. Lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el ejemplo de su vida, como antes la habia escandalizado con sus desórdenes.

El año 1324, muerto el papa Clemente VII, fué nombrado por papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, mientras Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, ocupaba la santa silla en Roma. No habia un año que el santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia aire de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo oír la voz del vicario de Jesucristo en la de un hombre á quien España y Francia reconocian entónces por legitimo papa, obedeció; pero no sin sentir un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma que afligia á toda la Iglesia. Era tan oscuro y tan difícil de resolver el derecho que todos los concurrentes pretendian tener

al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes santos por haber seguido de buena fe los diferentes partidos. Pero no fué inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba continuamente al desinterés y á la union. Hizo muchos viajes á Cataluña, Aragon, Francia, al lado del emperador Sigismundo y del rey Carlos VI, y no contribuyó poco á que se convocase en Constanza un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre que le redujo á los últimos extremos. Estando ya para espirar, se le apareció Cristo, y le mandó que, dejando la corte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa fué prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fué capaz de deslumbrarle, ni de detenerle, y partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el Evangelio.

Pero, habiendo sabido que Gregorio XII y Juan XXIII, para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo ejemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunión, y desde entonces le trató como á cismático.

El sumo pontífice Martin V le nombró de nuevo misionero apostólico por todo el universo, y bien pronto se le vió recorrer paises inmensos, y hacer mudar de semblante á casi toda la Europa. Dió principio á su mision por España, el año de 1417. Obró tantas maravillas su zelo así en el pueblo como en el

clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reinos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucia, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso titulo de apóstol de la España. Despues entró en Francia, donde todavía fué mas abundante la miés. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir que hicieron honra á su zelo por la reforma general de costumbres en todos los estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicisimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardia y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo el alto Rin, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre de Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viajes apostólicos, los excesivos trabajos, el asombroso fruto y todas las maravillas de este gran santo. Solo con dejarse ver, se sentian movidos á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando despues su conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de sus sermones eran las verdades mas terribles de la Religion: la muerte, el infierno, y sobre todo el rigor del juicio final. Predicaba con tanta fuerza y con tanto zelo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que precede á una furiosa calentura. Muchas veces interrumpian el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando, ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar

muchas personas inmóviles y pasmadas, como si fueran estatuas. Un insigne pecador cayó á sus piés muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz que no era posible oír á Vicente y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de Judíos, Moros, Sarracenos, Turcos y Esclavones que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados, que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Países Bajos é Inglaterra, prueba concluyentemente que sin milagro no era posible se dejase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salían en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguíanle cuando iba de un lugar á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras él al pasar á otra ciudad. Hubo vez que se juntaron en campo raso al rededor suyo hasta ochenta mil: tal era el ansia con que concurrían á oírle. En sola España convirtió á la fe veinte y cinco mil Judíos y mas de ocho mil Sarracenos: las demás conversiones no pueden reducirse á guarismo. Luego que se divulgaba el lugar adonde habia de ir á hacer mision san Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocas veces vistos, llevando cargas enteras de cilicios, disciplinas, cadenillas, rалlos, capotillos de cerdas, y otros instrumentos de penitencia.

Al don de lenguas acompañaba el de milagros. Con todo eso se puede afirmar que la eficacia que el Señor comunicaba á sus sermones no nacia menos de la fuerza de sus ejemplos y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viajes, en medio de sus mayores fa-

tigas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico zelo, jamás aflojó en la mas exacta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo, reduciéndose los miércoles y viernes á pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos ó un poco de paja: todas las noches despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle á mitigar sus crueles penitencias. Ninguno le hizo exceso en el apostólico desinterés con que predicaba y ejercia todos los demás ministerios; tanto que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era acepcion de personas. Haciéndose todo á todos, ganaba millares de almas para Jesucristo. Correspondía su devoción á su mortificación y á su zelo. Siempre que se dejaba ver en el altar, se derretía en tiernas lágrimas; celebrando el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor á Jesucristo, que los infundía en todos los circunstantes. La tierna devoción á la santísima Virgen fué, digámoslo así, la devoción de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado á todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando á noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel siervo, le escribió una carta en términos muy respetuosos, y le despachó un gentilhomme para suplicarle le hiciese el gusto de extender hasta su reino los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navío á sus reales expensas, y le envió á las costas de Francia

para que se embarcase en él nuestro santo, á quien hizo en su recibimiento mas honores que los que haria á un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodigios como habia hecho en todas partes. Habiendo vuelto á Francia, corrió muchas provincias de aquel reino, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1419 recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase á hacer mision á sus estados. En todas las ciudades de aquel ducado se le hizo el propio recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontifice. El pueblo, los magistrados, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle. Cuando se acercó á la capital, salieron el duque y la duquesa con toda la corte hasta media legua, y le condujeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformacion de costumbres en la nobleza, en el clero y en el pueblo; y fué en medio de estas asombrosas conversiones que san Vicente consumó el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivia como de milagro, cuando cayó malo en Vanes. Los cinco compañeros de su órden que se llevara consigo de España, y que jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase trasportar á Valencia, deseando que el lugar de su nacimiento y de su profesion religiosa fuese tambien el de su sepultura. Pero quiso Dios oír las oraciones de los vecinos de Vanes, que no podian sufrir se les robase aquel preciosísimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran santo, tan célebre en todo el mundo cristiano por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes,

consultado tantas veces de los sumos pontifices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y hecho la admiracion del universo, murió en Vanes casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su profesion religiosa.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magnificas exequias. La duquesa quiso lavarle los piés ella misma, y Dios hizo muchos milagros con el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo el santo en vida; los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada dia. Canonizóle el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se expidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhajuelas que le sirvieron en vida, son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y el Señor obra grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el dia de hoy en Vanes con tanta veneracion como magnificencia (1).

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Vanes en la Bretaña, san Vicente Ferrer, confesor, del órden de predicadores, poderoso en obras y en palabras; el cual convirtió muchos miles de infieles á la fe de Jesucristo.

En Tesalónica, santa Irene, virgen, que por haber ocultado los libros sagrados en contravencion al edicto de Diocleciano, fué presa, asacteada y quemada, por

(1) A pesar de sus grandes ocupaciones, no dejó san Vicente de componer varios escritos. Tenemos de él un tratado *de la vida espiritual ó del hombre interior*, otro *sobre la Oracion dominical*, otro titulado *consuelo en las tentaciones contra la fe*, y siete cartas. Tambien se le atribuye un tratado *sobre el fin del mundo y sobre el Antecristo*. Pero los críticos desechan como suyos los sermones impresos con su nombre.

orden del presidente Dulcecio, que poco antes habia hecho martirizar á sus dos hermanas Agape y Quionia.

En la isla de Lesbos, el martirio de cinco santos Mártires.

El mismo día, san Zenon, mártir, á quien despues de desollarle y untarle con pez, arrojaron en el fuego.

En Africa, el martirio de muchos santos, que en la persecucion del rey arriano Genserico fueron degollados en la iglesia el dia de Pascua; entre ellos habia un lector, á quien al mismo tiempo que cantaba el *Alleluia* en el púlpito, atravesaron la garganta con una saeta.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Vincentii confessoris tui meritis et prædicatione illustrare dignatus es; concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omnibus ejus patrocinio liberemur adversis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los merecimientos y con la predicacion de tu confesor el bienaventurado Vicente: concédenos á nosotros, humildes siervos tuyos, que imitemos sus ejemplos, y que por su proteccion seamos libres de todas las cosas adversas. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria.*

Beatus dives, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. ¿Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatur est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala,

Dichoso el rico que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la

et non fecit. Ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et elemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum. ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

#### NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, y nieto ó biznieto de Jesus » hijo de Josedec, era respetado no menos por su » virtud que por su aplicacion al estudio de los » libros sagrados. Fué llevado cautivo á Babilonia » por Toloméo Lago, como 320 años antes de Jesu- » cristo: allí compuso este admirable libro intitulado el *Eclesiástico*, ó el libro que predica. Recó- » nócele la Iglesia por canónico, esto es, inspirado » por el Espíritu Santo, y como tal le hace lugar en » el canon de los sagrados libros. »

#### REFLEXIONES.

*Beatus dives, qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris.* La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes. Siendo las riquezas un don de la liberalidad del Señor, es de admirar haga la virtud tan pocos progresos entre los ricos, cuando ningunos debieran ser mas virtuosos á titulo de mas agradecidos. Por eso debiera siempre triunfar la virtud en medio de la abundancia. Lógranse con ella mas medios para santificarse; ¿pues porqué los ricos no deberán ser mas santos?

En medio de eso, sucede casi siempre todo lo contrario. Los mas poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mas santos, ni aun los mejores cristianos. La opulencia los pone á cubierto contra las miserias de la vida; ¿pero los exime acaso de las leyes del Evangelio?

Porque tengan mas bienes que los otros, ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religion?

Esta sola proposicion irrita el ánimo; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? Una desordenada licencia de costumbres, una disolucion desenfrenada de corazon y de espíritu, y una conducta tan poco cristiana en la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo, ¿no da bastante derecho para preguntar si la gente de distincion, si los hombres ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley evangélica; ó si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religion? Pero á menos que se ignoren los primeros principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que esta ley es universal? No hay mas que un Evangelio; luego no puede haber mas que una doctrina: y ciertamente si esta doctrina admitiera algun lenitivo, alguna dispensacion, parece no debiera ser en favor de los ricos. Como su misma condicion los expone á mayores obstáculos para conseguir la salvacion, parece que ella misma les está imponiendo la indispensable necesidad de añadir á la observancia de los mandamientos la práctica de la mayor parte de los consejos.

*Fecit enim mirabilia in vita sua.* ¡O con cuánta razon reputa el Sabio por una especie de prodigio que se vea un hombre rico y al mismo tiempo inocente! Son las riquezas, segun la expresion del Salvador, unas espinas que no solo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hablando en rigor, no son las riquezas en si mismas, sino el abuso de ellas, lo que las hace servir de estorbo á la salvacion.

Llegó uno á ser rico; pues ya no es la Religion la que regla ni sus dictámenes ni sus acciones. El puesto que ocupa, el empleo que compró, los bienes que posee, son la regla y la medida de sus deseos, de sus

pensamientos, y se puede añadir que aun de las mas esenciales obligaciones de la Religion.

Logró el otro hacer papel en el mundo, ascender á un empleo que le distingue: pues casi nunca cede esta distincion en favor de la piedad. Una fortuna no esperada, una rica herencia, un negocio feliz sacó á aquel del polvo en que se hallaba; pues á dos dias olvidó ya su primera condicion; ¿y qué medios no aplica para olvidarla? Bien se puede decir que siempre que hace fortuna la persona, la hace tambien el amor propio. Raras veces se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza y el placer. ¿Quién no dirá que el dia de hoy el regalo, la indevocion y la ociosidad son pruebas legítimas de nobleza? Lo que no se puede negar, es que ellas como que caracterizan y distinguen á los ricos de los que no lo son. Quien viere la mayor parte de las personas acomodadas y de grandes conveniencias, juzgara que la opulencia y la profanidad son títulos legítimos para ser poco cristianos; ¿pero lo serán para salvarse? ¡O buen Dios, qué maravilla tan rara es encontrar á un hombre sin mancha entre la prosperidad y la abundancia! *Beatus dives, qui inventus est sine macula... ¿quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.*

*El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus,

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuan-



invenerit vigilantes : amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

do venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad-tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

### MEDITACION.

#### DE LA PRONTA OBEEDIENCIA Á LA VOZ DE DIOS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que del mismo modo que Dios merece ser obedecido, merece serlo sin dilacion. Toda obediencia forzada le es desagradable; porque la obediencia menos pronta siempre es señal de indiferencia, y muchas veces aun de desprecio.

Las órdenes de Dios no admiten réplica; ¿pues quién podrá con razon diferir el obedecerlas? Cuando Dios nos manda algo, ¿ignoraré por ventura nuestra calidad, nuestra repugnancia, nuestra flaqueza, ó nuestras necesidades? ¿Qué error, qué blasfemia, imaginar que un Dios tan justo, tan sabio, tan bueno quiera mandarnos cosas imposibles! ¿qué impiedad creer que nos niegue sus auxilios para cumplir con sus mandamientos! Pues ¿porqué no le obedecemos con prontitud? El que manda es un Soberano infinitamente sabio; es un Padre infinitamente bueno.

Si merece ser obedecido dentro de un dia, ó dentro de una hora, ¿porqué no merecerá serlo al instante.

Todas esas dilaciones en obedecer, son, digámoslo así, unos como paréntesis del debido rendimiento, son intervalos de desobediencia y de indocilidad. Decláranse concurrentes con el mismo Dios la pasion y el amor propio, y pretenden disputarle la pronta obediencia á sus órdenes. En la realidad se piensa en obedecer al Señor, pero ha de ser cuando á uno se le antoje. Esto se llama prestar tantos oídos al humor y á la propia inclinacion, como á la voz de Dios. Manda el Señor que se restituya, que se hagan las paces, que se reforme la vida; consiéntese en ello pero con ciertas restricciones, con ciertas cláusulas. Voz es de Dios la voz del director, la del predicador, la del libro, la de la propia conciencia; óyese y aun se quiere hacer lo que dicta, pero en cierto tiempo; préstase el consentimiento á la inspiracion, pero casi nunca en el mismo punto en que se siente. De manera que lo que pide el amor propio siempre ha de ir delante de lo que pide Dios. Lo que se acomoda al gusto de la pasion, del genio, de los sentidos, eso no admite dilacion; mas para hacer lo que Dios manda, siempre hay tiempo. Comprende bien la injusticia y la indignidad de estas irreverentes dilaciones.

##### PUNTO SEGUNDO.

Considera que la obediencia tardía por lo comun se acredita de forzada. La pronta sumision es prueba legitima del amor y del respeto.

¡Cosa extraña! todas las criaturas inanimadas obedecer sin dilacion á la voz de Dios: *Ipse dixit, et facta sunt* (1): Habló, y fueron hechas todas las

(1) Salm. 148.